



EL PEDRÓN

Por Francisco Antonio Álvarez López

Si lo que voy a relatar ahora, lo hubiera contado cuando sucedieron los hechos, aún estaría desde entonces recluido en un psiquiátrico, y todo sucedió nada más y nada menos que hace sesenta y cinco años.

Era un espléndido domingo del mes de mayo de mil novecientos sesenta y uno. Estaba interno en el CHOE de Padrón desde hacía cinco años y aquella mañana las monjas decidieron llevarnos a pasar el día al monte de Santiaguño, comida incluida en el mismo, como ya habíamos hecho en alguna otra ocasión.

A finales de Abril le había dicho a mi buen amigo Rafa que la próxima vez que fuéramos a Santiaguño tenía que tener preparada una linterna de petaca con pila nueva, una caja de cerillas, una vela y una navaja con varias cosas incluidas, que llaman multiusos. «No te preocupes que lo conseguiré fácilmente», me contestó.

El día, como dije, amaneció espléndido y soleado desde las primeras horas. En esta ocasión subimos por el camino largo, o sea, por Extramundi. Nada más llegar a la explanada y comprobar que teníamos el material previsto, le dije a Rafa: «Sígueme porque hoy creo que disfrutaremos de una misteriosa aventura».

En mi anterior visita hice una pequeña exploración en el grupo de las diez enormes rocas próximas a la ermita, donde se encuentra la figura del apóstol Santiago y más arriba, coronando todo, una cruz de piedra. En la base de estas rocas hay tres orificios conocidos como infierno, cielo y purgatorio. Con cierta dificultad penetramos por el cielo con la linterna encendida porque la oscuridad era plena.

La galería era de fácil tránsito, pero a los pocos metros encontramos una bifurcación y tuvimos que decidir qué camino tomar. Lo hicimos por la derecha y enseguida vimos un hueco a un lado donde parecía estar recostado un individuo cuya indumentaria me recordaba a la de los Dominicos que habitaban el convento cercano.

Dudando si estaría durmiendo o quizás muerto, le di una suave palmada y el hombre, de una figura un tanto extraña, pero a la vez agradable, nos dijo sonriendo: «Hola amigos, hace tiempo que os esperaba. Podéis llamarme Domi. Vosotros ya sé que sois Rafa y Tom». «Así es» le dije yo, pero Rafa, desconcertado me dijo: «¿Cómo puedes entenderlo si el idioma que habla es muy extraño?». No lo sé, desde luego, pero así era. Le podía entender como si hablara igual que yo.

Rafa iba delante con la linterna encendida y yo con Domi, detrás, charlando como dos buenos amigos.

«Dentro de poco os abandonaré pero antes te diré tres cosas que te van a suceder a lo largo de tu vida, por orden cronológico. La pri-

mera es inminente. Al final de este túnel y nada más cruzar por debajo del río Sar, veréis que una gran piedra os cierra la entrada a un lugar interesante. A la derecha y casi rozando el suelo veréis en un pequeño rectángulo vertical tres pequeños orificios. Introduciendo en el central el punzón de la navaja de Rafa, la puerta se abrirá ante vosotros».

Así fue, al final vimos la gran piedra cubriendo la entrada. Pulsando fuerte con el punzón de la navaja se nos abrió el paso y nos encontramos bajo el altar de la iglesia de Santiago, donde se encontraba el famoso Pedrón cuya leyenda dice que sirvió para amarrar la barca que trajo el cuerpo del apóstol Santiago. Con paciencia y reconociendo ahora que, con poco sentido cívico, se me ocurrió grabar con ayuda de la navaja multiusos de Rafa, en la parte inferior del pedrón el número setenta y siete, afirmando así mi presencia.

Finalizando nuestra inspección del curioso lugar, salimos tranquilamente por la puerta de la iglesia porque nuestra aventura del día había concluido felizmente.

«Segunda advertencia: El próximo curso iras a Madrid y el verano siguiente conocerás a tu primera amiga en un pueblecito de La Coruña, porque pasarás unos días de vacaciones en un hermoso castillo».

«Bueno, Domi» respondí; «soy un chaval de pueblo que jamás ha visto un castillo de cerca y mi familia es gente humilde. El mayor lujo que he visto es el Tílburi de mi abuelo Quico. Perdona que me cueste creerlo pero me inspiras tal confianza que quiero pensar que ese sueño puede ser algún día realidad».

«Tercera advertencia: Serás policía y en un momento crucial de tu vida profesional te acordarás gratamente de nuestro encuentro en esta gruta. Buen camino, amigos».

Y cuando quise darme cuenta, había desaparecido de nuestra presencia.

El curso siguiente, tercero de bachiller, lo hice en el colegio La Inmaculada de Madrid. Poco me sorprendió la llegada a la capital de España, porque, mi hermano, que me había precedido unos años antes, me había puesto al corriente de lo que allí me encontraría.

A un grupo de veteranos le oí comentar que en verano se podía ir a pasar unos días de vacaciones al castillo de Santa Cruz, que el marqués de Cavalcanti había cedido para nuestro disfrute.

Con una enorme ilusión Rafa y yo solicitamos plaza, que nos fue concedida. Allí conocí a Elena, una hermosa niña, inteligente y guapa, hija de un coronel que nos paseaba algunos días en su flamante mer-

cedes negro. Fue una increíble y preciosa relación la que tuvimos Elena y yo, carteándonos el curso siguiente, pues ella vivía en Coruña.

A lo largo de mi vida, suelo recordar con cariño a Domi. La primera vez fue precisamente al poco de llegar a Madrid, pues en la puerta del Sol vi una pareja, hombre y mujer de mediana edad, hablando cada uno distinto lenguaje y se entendían perfectamente. Cosa curiosa, me dije, pero después de mi experiencia, tampoco me causó ninguna extrañeza.

Al cabo de algunos años, como ya me vaticinó Domi, fui destinado como policía al País Vasco. Años difíciles de terrorismo con atentados continuos por parte de la banda E.T.A. De forma voluntaria ingresé en el grupo operativo de lucha contra aquella lacra.

Los compañeros de la Brigada Central de Información nos habían marcado un chalet en Salvatierra de Álava donde teníamos que descubrir un zulo. Nos desplazamos al lugar y después de hacer una exhaustiva inspección ocular el resultado fue infructuoso. Volvimos a comisaría y repasando el reportaje fotográfico que habíamos hecho observé un extraño enchufe eléctrico en la pared izquierda del salón, casi a ras de suelo, que tenía tres orificios.

Inmediatamente me acordé de la entrada del pedrón. «Vamos a Salvatierra» dije: «Creo que tenemos resuelto el tema». Llegamos de nuevo al chalet, entramos en el salón e introduje el punzón de mi navaja multiusos (que ahora siempre llevaba) y, ante nuestros ojos, una losa bastante grande empezó a elevarse sobre un émbolo central. Al llegar a cierta altura se giró noventa grados para dar acceso al zulo que buscábamos. Bajamos a revisarlo fácilmente pues no tenía más que unos doce metros cuadrados, una cama pequeña, una mesa, una silla, algún dinero y ciertas cosas que recogimos para un posterior estudio.

Años más tarde y con motivo de una reunión de pínfanos que tuvo lugar en Padrón, pude asistir en el centro cultural del pueblo a una charla-coloquio que se me antojaba interesante: «El pedrón de Padrón».

En un determinado momento, dijo el conferenciante: «Se dice que el pedrón está aquí desde el año 34 DC pero curiosamente he tenido la ocasión de poder inspeccionarlo minuciosamente y he observado en su base como un numero setenta y siete, que me hace dudar si no será esa la fecha exacta. Casi se me escapa una carcajada pero solo fue una leve sonrisa. A punto estuve de levantarme y decir: ¡Yo soy el setenta y siete!, pero evidentemente aún no había llegado la hora de identificarme. Me arriesgaba nuevamente a acabar recluido, como ya

dije al principio, así que aguanté sentado hasta el final de la interesante charla.

Una vez contado todo tal y como sucedió, espero de la bondad e indulgencia de los lectores para evitar mi definitiva reclusión porque, al fin y al cabo, solo soy un anciano Pínfano, relator de simples vivencias.